

Chile: ¿temblores o terremotos?

Rafael Kriés

En la coyuntura político-económica chilena se reflejan profundos movimientos tectónicos. El cuadro actual de fuerzas y sus perspectivas está dinamizado no sólo por la recomposición general de las expresiones político-sociales y sus alianzas, sino por el acelerado agotamiento del modelo de acumulación implementado a partir del golpe militar de 1973 por la dictadura de las FFAA en Chile, que está en la base de esa recomposición.

El modelo de acumulación se organizó en torno a los intereses de una capa de la burguesía financiera que se ha venido lentamente constituyendo desde el gobierno demócratacristiano y sus programas de modernización en los años sesenta. Buscaba llevar el proceso de centralización y concentración del capital a un nuevo nivel, de manera de superar el impasse social y económico que había constituido uno de los fundamentos del ascenso del gobierno de la Unidad Popular. El aumento del ejército industrial de reserva, la reducción de los gastos realizados por el Estado en la reproducción global de la fuerza de trabajo y la disminución del salario, han sido elementos permanentes de la política económica. Los problemas de empleo, la ideología del "rol subsidiario del Estado", la inflación y sus efectos regresivos en la distribución del ingreso, el deterioro de los servicios sociales, y otras medidas similares son demasiado conocidas para ahondar en ellas.

La crisis del modelo de acumulación

Este modelo, implementado a través de la política de los discípulos de Milton Friedman, los "Chicago boys", tenía un carácter contractivo que esperaban enfrentar con inversiones masivas de capital extranjero y con endeudamiento externo.

La coyuntura económica del mercado capitalista a escala planetaria frustró la primera alternativa y acentuó el endeudamiento externo, apareciendo progresivamente "cuellos de botella" generados por la restricción de divisas de que puede disponer una economía como la chilena.

La imposibilidad de sostener los altos niveles de endeudamiento, necesarios para el mantenimiento del modelo, presionó sobre las tasas de interés, llegando a afectar el ciclo de capital productivo, aunque la rotación del capital siguió su marcha ascendente.

Este rasgo del modelo produjo un efecto de especulación financiera, fenómeno que a su vez se da porque la dinámica social del modelo se basó en el control que permite ejercer la burguesía financiera, sobre los sectores de comercio, industria y agricultura, a través del mercado financiero interno y de la canalización de los recursos financieros externos.

Este apetito insaciable de créditos externos, que generaba el propio modelo, pudo ser resuelto en los primeros años por la banca privada internacional dada la situación de excedentes financieros que existieron. Chile se convirtió así en el país con la deuda externa per cápita más alta del mundo, la deuda externa para 1983 llega a unos 18 mil millones de dólares, lo que equivale al 70% del PNB.

De esa deuda, más de la tercera parte ha sido contraída directamente por la banca chilena y en créditos a corto y mediano plazo.

Utilizados esos recursos en aumentar el consumo superfluo, y desmantelada una buena parte de la estructura industrial del país, la situación de estragulación se hizo evidente a partir de 1981.

Un país en quiebra

El gobierno de Pinochet se encontró con una "crisis en la gente linda", crisis que trató de palear con una estrategia ambivalente. En primer término se intentó "lanzar hacia adelante los cuellos de botella" y esperar que la banca internacional viniera en su ayuda. Una segunda estrategia fue la de intentar que los distintos sectores empresariales se repartieran los costos de la crisis en términos equitativos.

Al fracasar ambos intentos y al acentuarse la situación depresiva, el gobierno intervino con cada vez mayor intensidad en la esfera del capital financiero, afectando su influencia, y señalando el fin de un alegre período de derroche y despilfarro que había convertido a Chile en un país de grandes fortunas, para unos pocos.

Las quiebras industriales suben de 800 en 1981 a 2000 en 1982, las reservas caen en similar período en casi un tercio, se rompe la paridad con el dólar y a pesar de las sostenidas promesas de Pinochet, el peso se devaluó en junio de 1982 en un 70%.

Las tasas de interés bancario para 1982 se ubican sobre el 50% anual, en tanto el PNB cae en un 13% según los datos oficiales y en más de 15% según la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA). Esta situación es aún más grave en la industria manufacturera que se contrae en un 21.9% y en la construcción que lo hace en un 28%, lanzando a la quiebra al 90% de las empresas constructoras.

Paralelamente, el gobierno debe intervenir en las entidades financieras y bancarias para enfrentar las carteras vencidas, en tanto la transferencia de propiedades a la banca comercial, desata la oposición de los grandes agricultores y de sectores industriales.

La burguesía financiera se escinde al retirar Pinochet su apoyo incondicional al modelo, pero la descomposición en el bloque dominante y las fisuras en su sector económico hegemónico no han traído aún una nueva política económica, pues ésta implica una modificación de las condiciones políticas, paso que la burguesía chilena no se atreve a dar todavía.

Las fuerzas político-sociales

Las contradicciones en el seno de los grupos dominantes se acentuaron a partir de 1982. Aunque ya sordamente se expresaba en los años anteriores el malestar de la burguesía industrial y agrícola. Sobre ese malestar buscó construir su alternativa Eduardo Frei y la Democracia Cristiana chilena, sin embargo los resultados del modelo en su fase ascendente limitaron su convocatoria.

Nuevas fuerzas sociales y políticas en el interior de los grupos que habían apoyado a Pinochet se desarrollaban en el período y hacían su aparición en escena.

Una primera oleada la constituyó la progresiva oposición al régimen de sectores de la pequeña burguesía, algunos incluso de connotación ideológica fascista o corporativa, como Vilarín, Cusmille, Jara, dirigentes de los gremios de transportistas, comercio minorista y taxistas, respectivamente. Una segunda fue la protagonizada por la burguesía rural de las provincias del llamado "granero de Chile". Y una tercera, aunque en 1983, es la que lleva a algunos sectores de la gran industria a una virtual oposición al gobierno, arrastrando tras sí al organismo máximo empresarial, la poderosa Confederación de la Producción y del Comercio, que agrupa a comerciantes, industriales y banqueros.

Al calor de este proceso se han acentuado las contradicciones al interior de las FFAA respecto de las salidas a la crisis del modelo. Los sucesivos cambios de los generales Danús y Frez muestran que los sectores partidarios del proteccionismo no han logrado imponerse sobre los Chicago Boys. A pesar de ello, se ha ampliado la participación del grupo tecnocrático de las FFAA en las tareas de gobierno y se busca una reaproximación de los sectores civiles fascistas.

La pérdida de legitimidad del régimen, ha venido asimismo con el fracaso de su proyecto. El cuestionamiento de la hegemonía del sector financiero, por parte de otros grupos de las clases dominantes, ha traído "un despertar moral" en la derecha que se inició con la iniciativa del Proyecto de Desarrollo Nacional (PRODEN), levantada por sectores de la democracia cristiana.

El posterior intento de constitución de una multipartidaria se inscribe en similar dirección, aunque con mayor control de la dirección demócratacristiana y una mayor apertura sociopolítica de la alianza postulada.

Finalmente, en los últimos meses del año 1982 se despierta también la derecha democrática, la que de inmediato establece una clara delimitación de los sectores fascistas como Pablo Rodríguez y las provenientes de Patria y Libertad, e incluso de los viejos sectores del Partido Nacional que vienen de los grupos corporativistas como Acción Nacional y el grupo Estanquero, entre los cuales resalta Sergio Onofre Jarpa.

Las fuerzas del pueblo

Entre tanto el pueblo, en un proceso de reconstrucción molecular del tejido social, ha abierto y conquistado espacios de lucha que aunque reducidos, los han vuelto a traer nuevamente a la arena política.

Los cambios cuantitativos que han ocurrido en la participación de los diversos sectores en la población económicamente activa pudieran resumirse de la siguiente forma: en tanto se reducen las capas medias vinculadas al aparato del gobierno central, se han ampliado en menor medida esos mismos sectores a nivel de municipios y localidades. Su composición se ha hecho más heterogénea y se vincula hoy en mayor medida a pequeñas empresas de variado carácter.

Los cambios ocurridos a nivel de la clase obrera no son significativos en cuanto a su participación en la población económicamente activa. Sin embargo, su importancia en el ciclo de rotación del capital se ha reducido disminuyendo su capacidad de presionar, tal como lo muestran el alto nivel de desempleo y los menores niveles de ingreso. Las nuevas áreas de acumulación tienden a escindir a los trabajadores en intereses contrapuestos, al vincular sus posibilidades económicas inmediatas a la expansión del mercado interno o del comercio exterior, por ejemplo.

Importantes sectores del campesinado se han proletarizado, y una buena parte no lucha hoy por la tierra, sino por obtener trabajo.

Progresivamente han sido alejados de su anterior residencia al interior de los predios y tienden a ubicarse en los pequeños pueblos y ciudades.

Los partidos de izquierda están aún en buena medida desarticulados y su presencia en los niveles de conducción de los movimientos sociales existentes es escasa. Los intentos de reconstrucción partidaria se enfrentarán a una incomprensión básica del nuevo carácter del período y sus exigencias.

Las formas orgánicas sostenidas por muchos grupos en la izquierda no han tenido correspondencia con las tareas concretas del movimiento de masas, transformándose así en una camisa de fuerza que frustra el diálogo con la base social, lo cual a su vez posibilita la continuación de un espíritu de secta que transforma a la izquierda en un archipiélago de grupos de poder y en un factor social aún irrelevante.

Nuevas formas de lucha

Por el contrario, el movimiento social ha sido extraordinariamente creativo y pujante, rescatando, y desarrollando formas sindicales, poblacionales, sectoriales, regionales y otras.

La ley 18.134 (ley de piso) de mediados de 1982 produjo un rechazo unánime del movimiento sindical, estableciendo una base común más sólida y concreta para acciones unitarias de las estructuras sindicales. Los esfuerzos anteriores llevados adelante por el Comité de Derechos Humanos y Sindicales (CODEHS), la Asociación Nacional de Empleados Fiscales (ANEF), la Coordinadora Nacional Sindical (CNS), en distintos planos, para impulsar la unidad de acción de los trabajadores, no habían logrado plantear puntos concretos de acción colectiva.

La ley 18.134, aunque modificada el 31 de diciembre de 1982 (ley 18.198) descarga la inflación con toda su fuerza sobre los trabajadores y frustra todo reajuste automático alcanzado. En su artículo 2° establece que si llegada la fecha de término del contrato colectivo "las partes aún no hubieran logrado un acuerdo, podrán prorrogar la vigencia del contrato anterior y continuar las negociaciones". A continuación la comisión negociadora podrá exigir la firma de un nuevo contrato con iguales estipulaciones a las contenidas en el contrato anterior, pero "no se incluirán las estipulaciones relativas a la reajustabilidad".

Frente a esta situación es probable el desarrollo de acuerdos en defensa de los salarios por parte del movimiento sindical.

Mermadas las organizaciones tradicionales por la crisis, los trabajadores han impulsado reagrupamientos amplios, incluyendo a los cesantes en sus anteriores sindicatos, creando nuevos nucleamientos como el Consejo Unitario Portuario, fortaleciendo otros como la Federación Minera y la Federación Campesina Nehuén.

Nuevas formas más radicales de lucha se han desarrollado también. Los intentos de la CNS, de "ganar la calle" o de la UDT⁷ de "desobediencia civil" señalan una disposición más radical del sindicalismo. Las huelgas ilegales, con éxito reivindicativo por primera vez bajo este régimen, hicieron su aparición con el

⁷ Unión Democrática de Trabajadores.

histórico paro del Sindicato de la Construcción del Complejo Hidroeléctrico de Colbún-Machicura. El paro de casi una semana, culmina en su primera fase con un acuerdo favorable a los trabajadores que trascienden el marco local e incluso nacional, al exigir éstos la intervención de Mitterrand, dado el origen francés de los capitales de la empresa.

Algunas reflexiones sobre la perspectiva

1983 será un año de importantes luchas y definiciones políticas. En primer lugar está el cuestionamiento de la continuidad del régimen y la respuesta a intentos de reafirmación de éste.

En segundo lugar, está el carácter del proyecto global de cuestionamiento de la dictadura. En particular el problema de si el movimiento sindical podrá sostener, conservar y desarrollar la autonomía de su proyecto en una situación de debilidad relativa. Y también el de las formas y niveles de su articulación con el movimiento social en las poblaciones y con el mundo político.

En tercer lugar, porque este año se verá con nitidez el proceso de reagrupamiento político en la izquierda chilena..

En último término, el cuestionamiento del régimen por los diversos agrupamientos tendrá realidad sólo en la medida en que sean capaces de elaborar un proyecto que movilice a amplias mayorías, y al incorporar sus intereses, las haga protagonistas del cuestionamiento activo de la dictadura y sus políticas.

En ese marco, la respuesta a la pregunta respecto a si el movimiento popular, el movimiento obrero, y los partidos de izquierda tendrán además de un papel protagónico, un papel de primacía y liderazgo, sigue siendo un desafío.